

Bonifacio ha realizado obras que son afirmaciones y amplias indagaciones sobre lo que puede ser el barroco, no como búsqueda de lo suntuoso y lo grandilocuente, sino como entramado de lo armónico y de la persecución amorosa de una belleza absoluta, diferente y nueva.

Un amplio sector de su obra se ha ido aplicando a investigar en las posibilidades de una representación no figurativa, más bien, un proyecto de evocación, de personajes y de sensaciones. En este sentido se instalaba su obra titulada «Retrato imaginario de Lope de Aguirre», expuesta en una galería madrileña en 1970 y al que no es excesivo calificar como una de las obras esenciales de la pintura abstracta española de todos los tiempos.

El retorno a los fundamentos de la expresión

Para Bonifacio el expresionismo abstracto no es la circunstancia en la que se adopta una posición totalmente estable, sino, por el contrario, una hipótesis cargada de radical ambigüedad, la sensación de que si expresión y abstracción se reúnen tiene que ser en función de punto de partida, de hipótesis de trabajo para llegar a otros planteamientos y no de una total perennización de la obra de arte, son circunstancias que convierten a Bonifacio Alfonso en el antípoda de los viejos maestros norteamericanos que han sido capaces de convertir en el discurso de los años el expresionismo abstracto en un apretado itinerario desde la novedad hasta la rutina.

Para Bonifacio, abstracción y expresión no son reglas ni academias, sino todo lo contrario, condicionantes de una manera de hacer hacia la que se acercan no sólo un amplio repertorio de inventivas, sino una serie casi interminable de búsquedas, de posiciones y de inquietudes creadoras.

Potencia creadora e indagación de un universo

En su pintura Bonifacio Alfonso progresa sin pasión, pero sin obstáculo ni detenimiento alguno hacia la determinación de un horizonte plástico concreto. En pos de la pretensión de alcanzar a través del lenguaje que le sirve de punto de partida y en pos de unos ideales de suntuosa grandeza toda una amplia serie de figuras o, mejor aún, trasuntos de figuras, en las cuales empieza por advertir la sombra de una relación interindividual; más tarde, el despliegue de peculiares colectividades y grupos sociales; y, en un momento determinado, se encuentra con que la sucesión de sus cuadros le ofrece un mundo que

es exclusivamente suyo, que se hace real y visible gracias a su esfuerzo creador y que suscita emociones y sensaciones, algunas veces de una notable intensidad.

Este mundo de Bonifacio Alfonso es, por lo menos, tan complejo y contradictorio como el universo en el que los hombres existen; se dan en él la multitud de las imágenes, unas placenteras, otras trágicas. Algunas veces nos parece que sus figuras, sólo inicialmente esbozadas, son niños que juegan en la gran plaza pública o en el inmenso parque que el cuadro de Bonifacio nos ofrece; otras veces son personajes de la historia, cuya grandilocuente crueldad o cuya espantosa indiferencia les permitieron entrar en la historia, dando una mano al crimen y otra a la gloria, apoyados a la vez en la estupefacción colectiva y en el trabajo del verdugo.

En este universo hay historia y alegoría, y poesía y emblemática, y hay banderas casi invisibles por las que los hombres viven y mueren, y figuras que alcanzan su propia esencia material, su propio contorno para oponerse a otras con fiera decisión. Y todo ocurre. Y todo va acaeciendo. Y todo nace y muere sin apenas formar parte de la realidad, sin trascender los límites que el artista al crearlos ha impuesto.

Desde la última letra del alfabeto

Y hay un momento en el que el espectador piensa que estos cuadros de Bonifacio son como un extraño alfabeto de sorpresas, que tuviera sus letras propias y sus palabras personales y que las recitara con tristeza o con entusiasmado fervor, con amor o con ira.

Y es una maravilla observar cómo se componen las palabras, cómo se alinean los gestos, de qué forma un trazo generoso es un signo de amor que intenta renovar en inventiva el ya obsoleto diseño de un corazón sobre el tronco de un árbol. Y es quizá, desde la última letra del alfabeto, desde donde el artista recapitula toda su creación, antigua y reciente, todo su quehacer íntimo en el seno de un lenguaje que le es propio, en una lectura que a fuer de simple está erizada de complejidades. Porque esta pintura de Bonifacio no habla al entendimiento, sino a la sensibilidad, no se establece sobre los dominantes, sino sobre los sentidos.

A partir de esta última letra indispensable, Bonifacio Alfonso pinta y cuenta y juega a viejos ritos lúdicos infantiles que ya no se estilaban cuando él era chico, y, saltando sobre un solo pie, parece preguntar al número de los altos con la letrilla de la vieja canción vasca: «Rey, rey, ¿cuántos años viviré? Uno, dos, tres, cuatro, cinco,

sels...» Y, quizá, la última letra de este alfabeto sea la primera de una canción que recuerda la doncella que tuvo que ir a la guerra para sustituir al hijo que su padre no tenía, o el noble inglés que vino a pelear a Europa, en donde le cambiaron el nombre y el destino.

Porque el arte, el gran arte, es siempre humano y propio; y personal y reservado; y es un juego; y es una tristeza; y todo es tan conmovedor que Bonifacio no sabe bien si debe pintar o llorar. Y, en la duda, su decisión se inclina por la pintura.—R. CH.

LOS CONTEXTOS CERAMICOS EN LA ESCULTURA DE NELLY SARMIENTO

NELLY SARMIENTO, nacida en Colombia, realizó estudios en el taller de cerámica de la profesora Tina Vallejo, en Bogotá, entre los años 1961 a 1964. Posteriormente se especializó en cerámica trabajando en Dinamarca bajo la dirección del maestro Hildegard Isenstein. Su primera exposición individual la realizó en 1968 en Bogotá, celebrando posteriormente cinco exposiciones más en la misma ciudad. Una en 1972, en Worms (Alemania), y en el mismo año expuso en Alzey y Landau. Ha realizado también más de once exposiciones colectivas, llevando a cabo su primera muestra en Madrid en 1976. Ha obtenido numerosos premios, entre los que destaca el Premio Nacional en el II Salón del Fuego en el Museo de Arte Contemporáneo de Bogotá. Sus obras se encuentran en colecciones privadas de Argentina, Alemania, Estados Unidos, Colombia y Finlandia y en diversos Museos de Colombia, Alemania y en el Museo Español de Arte Contemporáneo de Madrid.

Un contexto cerámico

La base de la obra de Nelly Sarmiento es la exploración tibia y apasionada de un contexto cerámico, constituido en primer lugar por una vigorosa técnica; consolidado en segundo término, en una concepción mayor de las químicas e incluso de las alquimias en que se basa la realización cerámica, pero también sometido a otras muchas determinantes y variantes.

Entre éstas se encuentra la búsqueda de una serie de colores que constituyen como un puente tendido entre la cultura cerámica americana y la europea. En unos casos son colores y tonos de gran riqueza, de gran fuerza, de contenida exuberancia. En otras circunstancias son motivaciones de un auténtico color basado en la observación atenta de la naturaleza americana de la que hace crónica, reproducción y búsqueda a través del intenso trabajo del taller.

Pero en una tercera dimensión, este color es el resultado exclusivamente de una función creadora; estudiando atentamente los aspectos del fuego sobre determinadas pastas y las estrategias de la alta temperatura, Nelly Sarmiento obtiene efectos y calidades propios exclusivamente de su visión de las cosas, en los que quizá los